

YOCASTA ES UNA SEÑORA IRASCIBLE

Daniel Fermani

Universidad Nacional de La Rioja, Argentina



YOCASTA ES UNA SEÑORA IRASCIBLE

ETEOCLES – Soy Eteocles y soy hijo de Edipo y de Yocasta. Bebo elixir de dolor cada día, desde antes de nacer.
No he nacido.

YOCASTA - Viví. Viví sólo para no morirme. Para estar. Para aferrarme a lo que nunca había tenido totalmente, la vida. Porque no elegí, fui elegida. Porque no decidí, otros decidieron por mí. Porque no parí, fui fecundada. Porque no tuve ni siquiera vergüenza propia, otros se castigaron por mí. El honor del mito ha sido para el criminal, a mí solamente me quedó la humillación.

¿Morir? ¿Acaso hubiera lavado mi nombre con el suicidio? ¿Vivir? ¿No lo había intentando hasta entonces?

Yocasta la viuda. Yocasta el premio al más fuerte. Yocasta la reina silenciosa. Yocasta la madre de sus nietos, la esposa de su hijo, la mujer maldita.

¿Y Yocasta? ¿Adónde está Yocasta?

Cuerpo no he tenido, nunca un hombre verdadero estuvo conmigo. Mi primer marido fue un cobarde, me arrebató a mi hijo. Mi segundo marido fue también mi hijo, hombre no era.

Yo, mujer. ¿Mujer? Trapo de piso.

Cinco hijos parí. Uno fue desterrado, ya mirarme no puede. Los demás se tapan el rostro cuando me encuentran, mirarme no quieren. Oprobio soy de ellos como ellos culpa son mía. Y ahora entre ellos quieren asesinarsé, por el mismo trono que desgracia ha sido de su abuelo, de su padre y de su hermano. Trono de sangre. Agujero negro para mí, para mi familia y para toda la ciudad de Tebas. Viera derrumbarse estos muros marchitos de lágrimas sobre las tumbas de todos los que quise. Viera descender el cielo sobre mi cama que también ha sido mi sepultura. Viera partir a mis hijos, dichosos en nupcias prósperas, y a mis hijas casadas y prolíficas lejos de la maldición paterna. Pero no suelta el destino la cuerda con que me tiene atada a sus patas de perro. Mala sarna le carcoma el vientre y suelten sus tripas licor venenoso para que nunca

Nunca

Yocasta pudo decir: fui feliz.

ETEOCLES – Desde el mundo de los muertos llamo a los vivos. Yo muerto, yo mi hermano Polinices, el que se inmoló a las puertas de Tebas. Eteocles y Polinices, dos hermanos y una sola muerte. ¿Qué de nosotros nos llevó al crimen? Nuestro origen fue un crimen, nuestro fin otro crimen. Nuestra vida, un prólogo de este camino que ahora seguimos recorriendo juntos. Yo el rey de Tebas. Qué poco es el sueño de un hombre que sólo sueña lo que pisa y lo que aferra con sus manos. Ha venido la muerte a mostrarme otro reino mucho más extenso y duradero. Allí no seré rey, como tampoco mi hermano Polinices lo será. Ambos serviremos de comparsa a esta señora de los recuerdos.

Un año fui rey en el trono que ocupó mi padre. Edipo fue rey de su trono sin saber que era suyo por sangre. Lo ganó por soberbia, que a veces confunden con valor. Lo perdió por incesto, que es un crimen horrendo cuando se abren los ojos.

Polinices quería reemplazarme en este trono. ¿Para qué? ¿Para perpetuar quizás la estirpe maldita? De un destino infame lo he salvado, y junto conmigo lo arrastro por las funestas galerías donde nunca entra el sol.

Hemos muerto. Moriremos ambos, cada uno por mano del otro. Diferente suerte no podía existir para los hijos de quien suerte no conoció en vida, más que el error y la ceguera. Ah hermano Polinices, dicen que tu cadáver va a quedar insepulto, pasto de perros y buitres. Ahora que volvemos a ser hermanos, que la muerte nos convoca a un fúnebre palacio que a ambos nos pertenece por derecho, quisiera abrazar tu pecho amado, igual al mío, y fundir con el tuyo mi corazón que palpita de tinieblas.

YOCASTA – Ah, maldito destino mi familia y mi suerte. Dos hijos, dos muertes. ¿No les alcanza con la tragedia que vivimos su padre y yo? ¿No les alcanza el destierro de su padre y hermano, y la vergüenza de su madre y abuela? ¿No les basta con la sangre que ya riega las tumbas de nuestros antepasados y trepa como un cáncer penumbroso por las paredes de Tebas? ¿Qué quieren? ¿Nuevas pestes y nuevas desgracias?

¡Ah! ¡Estoy tan hastiada de mí!

Como quisiera ser otra. La sirvienta que me lava el piso de rodillas debajo de los pies. Ésa quisiera ser. Que cada noche es montada por su amante como una yegua, y no tiene remordimientos. Porque no sabe quién es él. Y aunque lo supiera, no le importaría. Después de todo, de qué sirve saber. Hemos llegado al punto en el que un nombre es un destino. ¿Es acaso el nombre contenido? ¿Edipo hubiera sido mi hijo si yo nunca hubiese sabido que ese nombre era mi destino? ¿No mató él a su padre porque no sabía que era su padre?

Así yo, no saber que soy Yocasta quisiera.

Otro nombre, otra suerte.

Si el olvido fuera posible. Si cerrando los ojos pudiera dejar de ser quien soy para empezar a ser otra. Si la vida no estuviera designada, marcada, señalada. Yo, Yocasta, madre y esposa de su hijo, madre y abuela de los hijos de su hijo.

Pero no. Reina viuda, viuda dos veces y reina nunca.

ETEOCLES – Madre, apartá de vos este amargo cáliz. Pronto la vida terminará de cobrar sus cuentas, y tu sufrimiento será ceniza esparcida sobre la cabeza de los muertos.

Dichosa vos, que has conocido la felicidad. Aunque estuviera construida sobre el error. ¿Acaso no es el error la materia de toda felicidad? Por eso su existencia es tan breve madre. El error se derrumba como una pirámide de huesos antiguos sobre la palma ajada de la esperanza.

YOCASTA – Tu presunción es grande. Eteocles el bello. Eteocles el justo. Eteocles el buen rey. Eteocles la causa de la nueva tragedia. Eteocles. Eteocles. El hombre incapaz de amar a otro que a sí mismo. Eteocles inclinado sobre el espejo de su hermoso rostro. Un rostro que va a ser devorado por los perros como todos nosotros seremos devorados por los gusanos.

¿Creés que vas a escapar a tu destino? ¿Creés que la muerte va a hacer una excepción con vos? Pero qué importa la muerte. Mejor debería decir, ¿creés que la vida va a dejar de hacer con vos, con tu juventud y con tu belleza, lo que hizo conmigo y con tu padre?

Eso pude creer un día. El matrimonio está fundado en la aristocracia, me dijeron: un gobierno en el que siempre el mejor es el que manda, pero donde cada uno recibe su parte de autoridad, su papel y sus funciones en proporción de su mérito y su valor. Para mí Edipo era el mejor marido. En primer lugar y sobre todo, porque no había matado a sus hijos, y porque era un gobernante justo. Y la relación entre el hombre y la mujer se parece mucho a la de un gobierno justo.

Tuvo que llegar la verdad para barrer esa verdad.

¿Acaso una mentira no es verdad hasta que llega otra verdad y la suplanta? ¿Acaso los dioses no existen mientras alguien crea en ellos?

Yo creí en Edipo, porque fue mi marido, y nunca mi hijo. Esa otra verdad no existía, porque no había sido dicha. Fueron las palabras las que cambiaron la realidad. Por eso los dioses pronuncian sus ambiguas palabras a través de los oráculos, para recordar al hombre que no puede ser feliz.

ETEOCLES – Los oráculos son los secretos de nuestra propia alma. Y a veces es necesario no descifrar esos secretos. Dejar a la esfinge de la mente con sus enigmas irresueltos, siempre monstruo desconocido, fantasma de humo. Enhuesar a los propios fantasmas es el error más grande que puede cometer un hombre.

Defendí a Tebas. Luché junto a los tebanos contra la invasión de un ejército enemigo. Mi hermano Polinices lo comandaba, es cierto. Pero hermano no es quien contra su hermano levanta la mano armada de un hacha asesina.

YOCASTA - ¿Desmiente acaso tu acción la fuerza irracional de tu ambición? ¿Restaña tu defensa de los muros de Tebas el ansia de poder que tu corazón mueve, a despecho de la sangre que te hermana? No te engañes, Eteocles. Justiciero no sos de esta ciudad, sino verdugo.

ETEOCLES - Silencio. Escucho a través de las estrechas ventanas de este palacio que fue de mi abuelo Layo, de mi padre Edipo y ahora mío, si es que mío puede ser algo que a la materia responde cuando yo materia dejo de ser para ser combustible de los sueños. Escucho la multitud que me aclama, el pueblo tebano que llama a su rey, el que defendió la bien amurallada ciudad de siete puertas.

YOCASTA – Bien dicen que las costumbres de un pueblo se parecen mucho a las de quien lo gobierna. No virtud ha visto Tebas sino avasallamiento, soberbia y prepotencia. Y con avasallamiento, soberbia y prepotencia responde al llamado a la guerra. Sí, has sabido convocar al pueblo: respeta tu seguridad y tus ínfulas, porque no sabe que lo llevás a la muerte. Pero el que a hierro mata, no puede esperar otro destino.

ETEOCLES - ¿A tu hijo deseás la muerte?

YOCASTA - ¿Y a quién le ha importado nunca lo que yo deseo? No de mi mano buscás la muerte, sino de la tuya propia. Y lo peor es que con vos arrastrás a tu hermano. Y con él a la más valiosa de mis hijas.

Ah, necios, que juegan con la muerte como si lo duradero fuera la vida. No se dan cuenta de que la vida es el juego, la ilusión, lo pasajero. Y la muerte es la verdad, lo real, lo que está destinado a ser, y para siempre.

ETEOCLES – Tus palabras son muy duras, madre. Pero a hendir mi corazón no bastan. No una luz veo yo en el sol, ni un canto en el grito de los pájaros que anuncian la odiosa mañana sobre las murallas de la ciudad. No el perfume siento de las flores que circundan tu habitación, ni el sabor dulce de los frutos del huerto empalaga mi paladar encallecido. Todo lo que para otros es placer, belleza y armonía, para mí es hastío, fealdad y oprobio. Música no hiere mis oídos ni caricias alientan mis miembros. Corazón no siento en el pecho, sino una piedra que me pesa como acero líquido.

Hay días en los que me levanto y me acuesto a la vez. Que para mí la vigilia vale tanto como el sueño, y el sueño no es más que un engaño de la vigilia. Descanso no hay para mi alma que vela, permeada de desprecio, sobre las cosas del mundo.

Sean entonces mis manos y mi furia los mensajeros de esta desazón con que he nacido, y cumplan con la muerte la muerte para la que fueron creadas.

YOCASTA – Por qué tu desprecio los demás deberíamos sentir. Por qué el mundo que aborrecés para todos aborrecible debería ser. Qué padre te engendró si no mi hijo; qué madre te parió si no yo, la madre de tu padre. Hablás como si la vida sólo a vos te hubiera regalado el sufrimiento. Poco conocés de la herida que puede abrir la existencia en el alma de un ser humano.

ETEOCLES – Madre, nadie más hastiado de la humanidad que tu hijo Eteocles. Mi hermano o yo, ¿qué diferencia hay? Vos en tu palacio, incólume sos frente a la furia de las batallas y a la sangre que se derrama junto a las murallas de Tebas.

Eteocles o Polinices, dos hombres que son todos los hombres, dos destinos que son uno y el mismo. Para ambos la muerte ha fijado la exacta hora. Si no conozco el sufrimiento, o no lo conoce mi hermano, ¿cómo se llama entonces esta vida?

YOCASTA - Éste es mi último pedazo de aire. Y me lo arrancan como el velo a la novia arranca un marido desesperado. Hijos míos, hijo mío, ¿no sabés acaso que esta guerra inútil sólo reafirma el triunfo de la injuria en el mundo?

ETEOCLES – Otra cosa esperé. Pero nada. La mirada de un amigo tal vez. Porque el dolor es fuerte, pero la mirada de un amigo puede ser más fuerte.
Me hice lo que soy. Ahora soy lo que soy, y no otra cosa. Basta de ilusiones, de espejismos.

YOCASTA - Estoy fuera del panóptico del mundo. Todos me vieron, todos me veían. Todos sabían lo que estaba sucediendo. Todos supieron lo que sucedió. Menos yo. Fui la cosa que se observa. Yo la prisionera de la mirada de los demás. Yo la encerrada. Yo Yocasta.
Ah, qué nostalgia tengo del mar que nunca he visto.

ETEOCLES – Sí, voy a morir. Como todos los seres humanos. Como mi hermano, yo mismo. ¿Qué diferencia hay entre mí y los demás? Que yo sé la hora y el lugar de mi muerte. Eso me hace distinto, si distinto no hubiera sido desde el principio. Distinto porque quise no parecerme a ustedes. No ser el espejo de esta no humanidad. Y cuando estuve solo, comprendí que eso era lo no humano. Y que, arrasado de errores, era humano solamente el que se equivocaba. En eso mi padre y mi madre fueron expertos. Insultarlos no puedo. Que insulto es mi vida nacida de la equivocación. Y por eso vida es, que no muerte. Yo y no otro fuera de mí ha transformado esa vida, porque vida no puedo soportar que no se dirija a la muerte.
Yo he abierto los ojos.

YOCASTA - De la muerte hablás, cuando la vida no has conocido. Ni siquiera el amor. Qué sabés lo que es amar. Amar por la gentileza de un gesto, por la timidez de una mirada. Ustedes que todo lo tuvieron. Padre y hermano, madre y abuela al mismo tiempo. Qué tiene el amor que ver con eso. Qué nombre alcanzaría a denominar lo que no tiene límites. Ustedes
Mis hijos. Los hijos de Edipo.

Ustedes

Y yo

Yo que me propuse amar sin haber podido elegir. Yo que quise, porque no otra vida iba a tener. Qué me importaban los oráculos y qué me importaban los nombres. Para qué tuvo que llegar la peste de Apolo. No justicia quiso el dios. La justicia no existe. Ni para los dioses ni para los hombres. Apolo quiso terminar con una felicidad demasiado grande para ser humana. Porque no habíamos sido unidos para ser felices. Ni habíamos sido creados para ser felices, como ningún hombre ni mujer es creado para ser feliz. Ése no era el designio de los dioses. Y Apolo envió su peste a Tebas. Para que Edipo supiera que era mi hijo y se horrorizara y se arrancara los ojos. Para que yo volviera a quedarme sola. Porque no me maté. No. Tanto no quise hacer por el dios y su falsa justicia. Me quedé a criar a mis hijos. ¿Hijos del oprobio? ¿Quién lo dice?
No me importaron los nombres ni las etiquetas. Mis hijos eran lo único que me quedaba. Porque el amor había pasado, y el placer con él, arrancado de mi cuerpo como los ojos de Edipo de su bello rostro.

Pero no contento el dios ahora regresa para arrebatarme también esto, mi última playa. Bastante tiempo me hizo creer que me había olvidado. No olvidan los dioses a hombres y mujeres que esconden su felicidad. Muy pronto las saetas divinas caen sobre nuestras cabezas descubiertas y el hombre,

*¡Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.*

ETEOCLES – Basta madre. No hay más tiempo.

YOCASTA- ¿Tiempo? ¿Tiempo? No pronuncies esa palabra en mi presencia. Insulto es, oprobio para mí.

ETEOCLES - Es nuestra única condición posible. Estamos obsesionados por el tiempo, y no comprendemos que nuestra vida significa en cuanto está hecha de tiempo. Perderlo es vivir. Porque perdiendo el tiempo consumimos ese pequeño instante que denominamos existencia. Es la muerte la que da significación a la vida. Vida no sería la vida sin la muerte. Hastío y repugnancia ocuparían el lugar de la lucha y la angustia. El tiempo no existe. Existe el trayecto hacia la muerte. Eso es la vida.

Completemos ese trayecto entonces, hermano Polinices. El deseo de la muerte me hace temblar las piernas, como si un cuerpo hermoso hubiese penetrado a través de la piel de mis sentidos.

Vamos. Que se cumpla el destino, y se complete la unión que nos estremece antes de afrontar el oscuro camino que nadie ha podido describir.

Adiós madre.

Adiós Tebas la ciudad de las siete puertas.

Adiós reino.

Adiós engañosa esperanza.

Adiós vida.

YOCASTA - Ahora llueve.

Llueve a mares sobre Tebas.

Llueve sobre mi corazón.

Llueve interminablemente sobre los altos muros, sobre la sangre apenas derramada.

Arroyos de rosas se desprenden de los viejos ladrillos.

Ríos de tristeza desembocan de mi alma, oscura y sola.

Nos encontramos ese día, junto a los paredones grises de Tebas.

Entonces no llovía.

Un sol de oro enjoyaba las calles y la vida.

Era joven, tan joven como ese día que empezaba.

Era joven y me besaste junto a los pálidos muros que ya dibujaban sombras de nácar en el aire inocente.

Era joven y todo estaba por decirse.

Hoy llueve interminablemente sobre Tebas.

Llueve como nunca ha llovido.

Llueve para siempre.

Llueve.

Llueve.

Yocasta



Ahora llueve la luz por todas partes,
cada rincón de tu casa es otro,
el patio octogonal, la cruel ventana
abierta en silencio sobre Tebas.
Es ya un día que Edipo el maldecido
vaga en los campos ciego y exiliado.
Ahora es hijo, ya no es rey ni señor,
la clara verdad arrasó su dicha
y la tuya, los oráculos mienten
para que el hombre jamás se crea dios.
Yocasta serás desde este día
que ya fue señalado por el mito.
La muerte no elegiste, no hay condena
tan cruel como las noches que te dejan
la vana justicia y el castigo
de vivir para ver y ser testigo
de otras tantas injurias de la vida.
Voz no tendrás, serás Yocasta
la que no pudo hablar, la reina viuda,
para qué dar palabras al hastío.
Esta triste mañana solitaria
emprendés la tarea de olvidarlos,
hombres fueron, no dioses ni elegidos,
para qué persistir en la memoria.
Despertás y esta dura certidumbre:
si no fueras Yocasta en este día
no sabrías quién sos, no habría historia.
El crimen, el incesto y el olvido
te dieron sexo, alma y un destino.
Ya ni ser otra quisieras, para qué

contradecir al mito si porfía
en recordar tu nombre y el de Edipo.



Puesta en escena de la *Compañía Experimental Los Toritos*

Protagonizada por:

Yocasta: Elsa Cortopassi

Etéocles: Nicolás Perrone

Vestuario y elementos escénicos: Marcos Altamiranda

Preparación vocal: Gabriel Ibarra

Texto y Dirección: Daniel Fermani

Daniel Fermani es dramaturgo, novelista, poeta y docente. Se recibió de Profesor de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo y marchó a perfeccionarse a Italia, donde fue periodista e indagó en las poéticas teatrales contemporáneas.

Correo electrónico: danielfermanigonzalez@gmail.com